Al pie del cadalso

AL PIE DEL CADALSO,

DRAMA DE CARÁCTER HISTÓRICO,

3 actos

ORIGINAL DE

DON DANIEL BALACIART.

TEATRO DEL CIRCO.—8 MARZO, 1876.

OLMOS

TEATRO.
COMPAÑIA-OLMOS
TEATRO DRAMATICA

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 16.
1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA JUANA.....	Srta. D.ª Elisa Mendoza Tenorio.
[illegible]	[illegible]
DON ÁLVARO DE LUNA..	D. Victorino Tamayo y Baus.
DIEGO DE BENAVENTE...	D. Ricardo Calvo.
PEDRO DE BENAVENTE...	D. Donato Jimenez.
MARTIN.....	D. Gerardo Peña.
DESTÚÑIGA.....	D. Fernando Calvo.

Pajes, hombres de armas de D. Álvaro y del rey; pueblo.

La accion de los actos primero y segundo en Búrgos, dia 4 de Abril, 1453, la del tercero en Valladolid, el 2 de Junio del mismo año.

Derecha é izquierda la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Salon-antecámara de la conocida casa que habitaba D. Álvaro de Luna en Búrgos: puerta al foro y laterales; la de la derecha del actor, da acceso á la cámara del condestable: á la derecha, en segundo término, puerta reservada, á la izquierda tambien en segundo término, un mirador. Trofeos de armas, mesa con recado de escribir, sillon blasonado á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MARTIN, solo.

Cuanto más lo considero, (Pensativo.)
más me inquietan y perturban
las sérias contradicciones
que descubro en su conducta.
No es don Álvaro el caudillo
que, pronto siempre á la lucha,
en la Higueruela humillaba
la arrogante media luna,
ó vencedor en Olmedo,
el silencio de las tumbas
imponía á los que osaban
lidiar contra su fortuna?
¡Quién sabe! Acaso presiente
que el sol de su gloria nublan

607716

el cansancio del monarca;
la ingratitud de las turbas;
el despecho de los nobles;
los años que se acumulan
enervando la firmeza
que há menester más que nunca.
¡Quién sabe! ¡Es tan pertinaz
de sus contrarios la furia!...
¡Son tantos sus enemigos. .
que bien pudiera la duda
turbarle el ánimo! Entónces
no extrañaré que sucumba.
(Queda abismado en su pensamiento.)

ESCENA II.

MARTIN, Destrúñige al izquierda.

Dest. Cabiloso anda el mancebo.
(Despues de acercarse á Martin sigilosamente.)
MARTIN. No tal.
Dest. ¿No tal? ¡Y se turba!...
MARTIN. Turbarme, no, sorprenderme
acaso.
Dest. ¿Y por qué?
MARTIN. Procura
no preguntar, cuando entiendas
que no placen tus preguntas.
Dest. ¿Eso dices?
MARTIN. Eso digo.
Que si mi frente dibuja
de un oculto pensamiento
la denunciadora arruga,
ni te atañe ni te ofende
y al inquirirlo disgustas.
Dest. Tienes subo curiosidad.
MARTIN. Impertinente, importuna.
Dest. Perdona...
MARTIN. Quede esto así,
pues no es muy grave la culpa;
pero otra vez...
MARTIN. Otra vez

seré ciega y seré muda...
puesto, Martin, que el quererme
con esquiveces anuncias.

MARTIN. Eso no. Si mis amores
fuesen como leve pluma
que lleva el aire en sus alas
tan pronto como la impulsa,
no corrigiera severo
tus actos.

[illegible]. ¿Pues qué es en suma?

MARTIN. Amor que ha de consagrarse
cuando á tus deseos cumpla.
Esto es público y notorio
en Búrgos. ¿Á quién se oculta?
Conviene, pues, que mi esposa,
sobre ser honesta y pura,
sea discreta.

[illegible] Ya basta:
en siendo así...

MARTIN. No lo dudas.

[illegible]. Bien, no lo dudo, es verdad;
mas como igual á la tuya
es la pasion que me anima,
tanto esperar me disgusta.

MARTIN. Á don Álvaro licencia
pediré hoy mismo.

[illegible] ¿Lo juras?

MARTIN. No hace falta; lo prometo.

[illegible] Cumple pues, que en siendo tuya
sabré leer en tus ojos...

MARTIN. ¿Leer en mis ojos? Nunca;
pues tales cosas á veces
tras sus cristales ocultan,
que halláras la muerte en ellos
al comenzar tu lectura.

[illegible]. ¡Martin!...

MARTIN. Es lo cierto... y vete.

[illegible]. ¿Me esperas?

MARTIN. Sí.

[illegible] ¡Adios! (Dirigiéndose al foro.)

MARTIN. Escucha.
¿Á dónde vas?

MARIA. (Algo confusa.) ¿Qué?
MARTIN. ¿Te turbas?
MARIA. Turbarme no, sorprenderme
(Recalcando la frase.)
acaso.
MARTIN. ¿Por qué?
MARIA. Procura
no preguntar, cuando entiendas
que no placen tus preguntas.
DAST. ¡Bravo, Martin! Confieso
que fué tu réplica justa;
y si no difieres mucho
la contestacion, sin duda
te confesaré tambien
que ha sido ingeniosa.
MARTIN. Escucha.
Mi señora doña Juana
ama á un galan...
DAST. Continúa.
MARTIN. Tal amor hace dos años
que en el corazon oculta...
DAST. No mucho, que en los carmines
de su rostro se dibuja,
cuando don Diego los rayos
de sus pupilas fulgura.
MARTIN. Pues bien: le pesa el secreto,
y á su enamorado anuncia
por mi mediacion, que hoy mismo
es forzoso se descubra
á don Álvaro.
DAST. ¿Qué dices?
¿Al condestable? ¡Eso nunca!
MARTIN. ¿Por qué?
DAST. Porque tal noticia
oirá con la faz adusta,
á juzgar por las palabras
que al creerse solo pronuncia.
MARTIN. ¿De veras?
DAST. Más de una vez
le oí decir: «¡Qué locura!
¡De Benavente! ¡No! ¡Ántes
la quiero muerta que suya!»

MARTIN. ¿Luego don Álvaro sabe?...
DEST. Siempre el amor se denuncia.
Prudencia ten y no arrostres
de sus enojos la furia,
pues si adivina que tú...
MARTIN. ¿Así le aborrece?
DEST. Juzga.
MARTIN. Pero, en fin, ¿qué debo hacer?
DEST. Piés de plomo y mucha astucia.
MARTIN. Pero ¿y don Diego?
DEST. Á don Diego
permite que yo le arguya.
MARTIN. ¿Y qué diré á doña Juana?
DEST. Dile... cuanto se te ocurra;
en tanto al galan ..
[illegible] Él viene.
(Despues de dirigirse al foro y mirar.)
MARTIN. Déjanos solos.
[illegible] ¡Qué lucha!
Nacimos para querer
y hasta el querer nos perturban.
(Váse lateral izquierda.)

ESCENA III.

MARTIN y DIEGO. Éste sale foro derecha.

MARTIN. Entre el gallardo doncel,
espejo de bizarría.
DIEGO. Presa de horrible agonía
cruzo bajo este dintel;
que si me brindan tras él
dulces y ansiados amores,
tambien antiguos rencores
teme encontrarse mi afan;
pues suele hervir un volcan
bajo una alfombra de flores.
MARTIN. Es cierto; puede estallar
y está el peligro cercano.
DIEGO. ¿Qué dices?
MARTIN. Que es el arcano
más fácil de penetrar

el del amor; sin dudar
lo desentraña cualquiera.
El condestable pudiera
el vuestro ya conocer...

DIEGO. ¡Acaba!

MARTIN. Y áun suceder
que de su agrado no fuera.

DIEGO. ¿Algo sabes?

MARTIN. Algo sé.

DIEGO. ¡Terrible nueva me das!
¡Mi padre preso! ¡Quizás
sentenciado! ¡Yo esperé
de Juana en la amante fe
y esta fe se me arrebata!
¡Triste de mí!

MARTIN. Señor...

DIEGO. Trata
de avisar al condestable...

MARTIN. Pero...

DIEGO. Pronto, que yo le hable...

MARTIN. Más...

DIEGO. ¡La impaciencia me mata!...
Mi anciano padre en prision
sufre el yugo de un proceso
y cada instante es un peso
que oprime mi corazon.

MARTIN. Yo siento vuestra afliccion
de tal modo en este caso,
que á un consejo me propaso
y no es advertencia vana,
si le hablais de doña Juana...

DIEGO. ¿Peligra mi padre?

MARTIN. Acaso.

(Váse lateral derecha.)

ESCENA IV.

DIEGO.

¡Horrible trance! ¿Qué ley
sentencia á mi padre á muerte?
¡Ninguna! ¡Pero es más fuerte

quien le persigue que el rey!
Don Juan Segundo su grey
abandona á tal privanza;
solo don Alvaro alcanza
la clemencia ó el rigor,
y pues condena mi amor
ya no me resta esperanza.
¿Por qué mi padre enemigo
parece de mi ventura?
¿Por qué tenaz se conjura
contra el hombre á quien me ligo?
¿Por qué sufriendo el castigo
de culpas que no comprendo,
arrostro el suplicio horrendo
de mirar mi corazon,
entre deber y pasion,
sin decidirse muriendo?
¡Qué ansiedad!

ESCENA V.

P.G.

DIEGO y JUANA. Esta sale lateral izquierda.

JUANA. ¡Mi Diego!
DIEGO. ¡Juana!
Tras un dudoso problema,
del que tu amor es emblema,
mi pobre razon se afana.
Una sentencia tirana
sobre mi padre gravita;
díctala el tuyo y me agita
amor por tí de tal modo,
que á entender no me acomodo
si amor ó deber me excita.
Juzgo de toda evidencia,
aunque á mi anhelo no cuadre,
que no podré llamar padre
á quien al mio sentencia;
y en tanto que en mi conciencia
tan ruda verdad estalla,
aquí en mi pecho batalla
otra fiera tempestad;

porque alza aquella verdad
entre los dos una valla.
Límite acaso sangriento
que labran amor... y enojos;
valla que seca en los ojos
las fuentes del sentimiento;
valla que funda el cimiento
entre rencor y ternura;
que pródiga de amargura...
eterno cariño vierte,
y que mis horas convierte
en horas de calentura.

JUANA. Cálmate.

DIEGO. ¡Juana, no puedo!
Mi padre peligra.

JUANA. El mio
tiene por ley su albedrío.

DIEGO. ¡Ambos se odian!

JUANA. Concedo.
Mas si ante el mio intercedo,
salvaré al tuyo la vida.
Esta pasion escondida
hoy brotará de mis labios.

DIEGO. Ve en mis amores agravios.
Está mi causa perdida.

JUANA. Yo le diré que en mi pecho
tengo tu imágen grabada.

DIEGO. Y él te dirá ¡desdichada!
que la sentencia es un hecho;
porque excitado el despecho
que le causa tal pasion,
verá que la ejecucion
abre á ese amor un abismo
desde que me arranca él mismo
pedazos del corazon.

JUANA. Pero tambien irá viendo
que cifro en tí mi ventura;
que vivir sin la ternura
de tu querer no comprendo;
que desapiadado siendo
con la pena que te aflija,
al par que tu suerte fija

marca la mia inhumano
y no hay padre tan tirano
que así sentencie á su hija.

DIEGO. Cree... me dice el deseo;
duda... replica el temor;
que entre su enojo y tu amor
flotar mi esperanza veo.
Empiezo á dudar, y creo:
comienzo á creer, y dudo;
pues en combate tan rudo
sin arma alguna penetro...
que al dardo que vibra un cetro
no embota ningun escudo.

JUANA. Sí. De mis ojos el llanto
moverá su compasion.

DIEGO. ¡Cuál te engaña el corazon!

JUANA. ¡No ves que me quiere tanto!...
Cese tu inmenso quebranto
y en mí tu esperanza fija.
Ninguna duda te aflija.
Cree cual yo, con fe ciega,
que ningun padre se niega
al ver llorando á su hija.

DIEGO. Dulce consuelo derrama
tu acento en el alma mia.

JUANA. Cálmate, Diego, y confía
en la mujer que te ama.

(Aparece D. Pedro en el foro derecha.)

ESCENA VI.

DIEGO, JUANA, PEDRO.

PEDRO. (¡Le encontré! Pero esta dama...
¿Avanzo? No. Retrocedo.)
(Disponiéndose á salir de la escena.)

DIEGO. ¡Mi tio! (Al ver á D. Pedro.)

JUANA. ¿Quién?

PEDRO. (Ya no puedo..)

DIEGO. ¡Mi tio! (Señalando á D. Pedro.)

JUANA. ¡Ah! (Extraño porte.)-(Al verle.)
Jamás le he visto en la córte.

DIEGO. Vive ignorado en Toledo.
Llegó al saber que su hermano...
Y aquí le mandé venir
porque no sabe vivir
si no me tiene cercano.
Doña Juana... (Designándola á D. Pedro.)

PEDRO. (Inclinándose.) (Ya! Esto es llano.)

JUANA. Siendo así, con él te dejo.
(De esa mirada el reflejo
me da espanto.)

DIEGO. Vuelve aquí.

JUANA. Habla á mi padre.

(Doña Juana váse lateral izquierda; D. Pedro se inclina ante ella y despues se dirige á Diego con energía.)

PEDRO. Ay de tí
si tomas tan mal consejo.

ESCENA VIII.

DIEGO, PEDRO.

DIEGO. ¡Señor!

PEDRO. Es el condestable
como absorvente cizaña,
que se nutre con el jugo
de las espigas lozanas.
Yerba del mal que se pisa...
ó á ser posible se arranca;
pues de ella no hay esperar
que trueque el veneno en sávia,
ni que virtud fecundice
con sus raíces amargas.

DIEGO. ¡Señor!... (Con acento de reconvencion.)

PEDRO. Tus necios amores,
fingiendo ilusiones vanas,
te llevan al imposible
de purificar su causa;
pero olvidas, insensato,
que, preso tu padre, aguarda
el momento en que desborde
los torrentes de su saña

don Álvaro y del patíbulo
le obligue á subir las gradas,
á despecho de ese amor
que te seduce y engaña;
que te sume en la impotencia,
y cual si el tiempo tornara,
te deja perder las horas
que pueden labrar tu infamia.

DIEGO. ¡Cómo! (Confuso.)

PEDRO. Un instante perdido
deja en cien siglos su marca;
pues hechos é instantes funde
el tiempo, que nadie aparta.
Ni el mismo Dios que los crea.

DIEGO. Pero señor...
(No comprendiendo el sentido de las palabras anteriores.)

PEDRO. En tu espada,
en tu ardor, en tu derecho,
pon sólo la confianza.
Únete á los enemigos
de don Álvaro y arranca
la libertad de tu padre
sin humillaciones.

DIEGO. Basta.
El condestable, señor,
no firmará.

PEDRO. ¿Y si firmara?

DIEGO. Anularían su firma
las súplicas de mi Juana,
y mejor que mis ofensas
seguramente mis lágrimas.

PEDRO. ¿Y por qué no los sonrojos (Irónicamente.)
de ir besando sus pisadas
ú ofrecerle por alfombra
esa frente, aquellas canas? (Por las del preso.)

DIEGO. ¿Qué humillacion por un padre
ningun buen hijo excusara?

PEDRO. Está bien. Pide clemencia
como el reptil que se arrastra;
convéncete de que buscas
al duro mármol entrañas;

aprende que la ponzoña
es siempre ponzoña... y mata;
aprende bien que del ódio
nada brota ó brota saña,
y cuando tengas heridas
todas las fibras del alma,
búscame; porque yo guardo
á tus impulsos un arma,
contra la cual no es seguro
ni el templo de su privanza.

DIEGO. ¿Y exigis que yo la esgrima?
Me asombro...

PEDRO. Si penetrara
yo, como tú, donde es fuerza
con energía vibrarla,
no difiriera un momento
el esgrimirla. ¡Tal ansia
despierta en mí el apetito
que siento de la venganza!

DIECO. ¿Luego no podeis?...

PEDRO. No puedo.
Es cosa del rey; su cámara
cerrada está para mí.

DIEGO. El condestable!.
(Señalando la puerta lateral derecha.)

PEDRO. ¿Qué aguardas?
Corre á besar presuroso
humildemente su planta.

DIEGO. Idos ya.

PEDRO. No me conoce.
¿Qué importa?

DIEGO. Si adivinara...

PEDRO. (Despues de dudar un instante.)
Me iré, pues te causo enojos
y no es la ocasion llegada
de probar contra su pecho
el temple de nuestras armas.
¡Álvaro!... ¡Rey de Castilla!...
(Dirigiéndose á éste, que se supone llega por la puerta lateral derecha.)
¡Nos veremos pronto!...

DIEGO. Basta.

PEDRO. Acuérdate de mi hermano.
DIEGO. Aquí lo tengo en el alma.
(Váse Pedro, foro derecha.)

ESCENA VIII.

DIEGO, D. ÁLVARO, precedido de dos pajes y seguido de MARTIN.

ALVARO. ¡Diego! (Al verlo.) Dejadme.
(Martin y los pajes se retiran.)
DIEGO. Señor:
lleno de angustia y dolor
aquí á vuestras plantas llego.
ALVARO. Jamás te he escuchado, Diego,
sin darte muestras de amor.
DIEGO. Ese recuerdo me alienta.
Mi padre...
ALVARO. Su nombre afrenta
conspirando contra el rey.
DIEGO. ¡Perdonadle!
ALVARO. Está la ley
de verse cumplir sedienta.
Y cuando de orgullo llenos
rompen altivos sus frenos
tantos inquietos señores,
el perdon á los traidores
es un insulto á los buenos.
DIEGO. Ved quien por él os impetra.
Mirad que no se perpetra
por intentarlo un delito.
ALVARO. En su sendero maldito
quien lo concibe penetra.
DIEGO. ¿De vos tal respuesta llevo? (Con desconsuelo.)
ALVARO. (Con irresolucion.)
Á perdonar no me atrevo...
DIEGO. ¿Qué más grande que un perdon?
ALVARO. Cierto; pero es tentacion
para delinquir de nuevo.
DIEGO. ¡Yo haré que os rinda probanza
de no intentar asechanza
contra vos, en tiempo alguno!

ALVARO. No aprecia favor ninguno
el que respira venganza.
DIEGO. Su perdon...
ALVARO. Dirá que es miedo.
DIEGO. ¿Sabiendo que yo intercedo?
ALVARO. Por esa razon acaso.
DIEGO. Tal vez mi ingenio es escaso,
pues comprenderos no puedo.
¿Cómo si obtiene la vida
que considera perdida
negará su gratitud?
ALVARO. No esperes en la virtud
que un odio en su seno anida;
pues la rosa más lozana
no ofrece su aroma ufana
ni humilde su tallo inclina,
sin cubrir aguda espina
bajo sus bordes de grana.
DIEGO. El hielo de vuestros años
solo ve torpes amaños
que el odio nutre y anida.
¡Debe ser triste la vida
pasada entre desengaños!
Mas yo que en el pecho mio
áun guardo fresco el rocío
de lozana primavera;
que de la duda primera
no siento el mortal hastío..
tan solo á mi padre veo
luchando con el deseo
de contener esas horas
que pasan aterradoras
sobre la frente del reo.
Luchando con ese instante,
en que se mira anhelante
desde el umbral de la muerte,
detrás la conciencia inerte ..
horribles dudas delante.
En que al sentirse abismada
el alma desesperada
en el mundo de sí misma...
mira... sin hallar un prisma

donde esparcir su mirada;
y discurre por lo incierto,
de fe el corazon desierto,
entre la muerte y la vida,
con la materia dormida;
con el espíritu muerto.

ALVARO. ¡Oh! (Conmovido.)

DIEGO. ¡Por piedad!

ALVARO. (Mas conmovido.) Basta, Diego

DIEGO. (Besándole la mano.)
Ved el llanto con que riego
la mano que le encadena.
¡Ved que me arranca la pena
en vez de lágrimas fuego!

ALVARO. Oye.

DIEGO. Decid.

ALVARO. Le perdono.
Que olvide su antiguo encono
y que parta.

DIEGO. Os lo prometo.

ALVARO. Mas si renueva su reto
temerario, le pregono...
y nunca falta un traidor
que venda fama y honor
para saciar su codicia.

DIEGO. Llamaré entónces justicia
lo que hoy llamaba rigor.

ALVARO. Quien de recto así blasona
jamás la traicion abona.

DIEGO. No la abono, la maldigo.

ALVARO. Está bien: serás testigo
de que yerra quien perdona.
Firmaré. (Disponiéndose á firmar.)

DIEGO. Mostrar codicio,
que haceis con tal beneficio
esclava mi voluntad.

ESCENA IX.

DIEGO, D. ÁLVARO, MARTIN. Este sale por el foro derecha.

MARTIN. ¡Señor!

ALVARO. ¿Qué ocurre? Pasad.
MARTIN. Urgente. (Á D. Álvaro entregándole un pliego; despues se dirige á Diego y le pregunta lo que sigue.)
¿Lo hallais propicio?
DIEGO. Sobre la mesa firmado
está su perdon.
ALVARO. (Viendo el pliego.) (¡Qué miro!)
MARTIN. Mis parabienes.
ALVARO. (¿Deliro?)
DIEGO. ¡Gracias!
ALVARO. (¡Estoy aterrado!)
(Leyendo con precipitacion y ansiedad, ínterin Diego y Martin continúan hablando en voz baja.)
«Si hoy don Álvaro de Luna
mi cadalso quiere alzar;
si en él pretende ahogar
recuerdo que le importuna;
si así mi nombre deshonra
cuando sus iras extreme...
hoy lo he descubierto, teme
que le demande mi honra.
Y como no hay esperanza
en esta cárcel odiosa,
de poder contra mi esposa
asegurar la venganza,
penetra con el acero
en la raiz de mi ultraje;
purifica tu linaje;
corta su vida, si muero.
Procúrate...»
(Cesa de leer; Diego le observa desde este momento.)
¡Suerte infiel!...
Al ménos tengo en mi mano,
y solo yo, el fiero arcano
de este siniestro papel.
¡Duro trance! Si perdono
Doña Constanza sucumbe.
¡El castigo de mis faltas (Con tristeza.)
aquí de improviso surge!)
Despejad.

(Martin se retira foro izquierda; D. Diego se aproxima á D. Álvaro.)

DIEGO. El pergamino...

(Designando el que ántes firmó D. Álvaro.)

ALVARO. Espera.

DIEGO. No sé qué juzgue... (Receloso.)

ESCENA X.

DIEGO y D. ÁLVARO.

ALVARO. (¡Él de venganza sediento:
Constanza de cuanto ocurre
sin recelo!)

DIEGO. (¿Qué medita?
Se agrupan siniestras nubes
sobre su frente severa
y nuevo temor me infunden.)

ALVARO. (No hay dudar. Entre la vida
del que estos delitos urde
y la de Constanza, es fuerza
que mi decision pronuncie.)

DIEGO. Señor...

ALVARO. (Sucumba su padre;
la muerte todo lo cubre.)
Escucha: de aquel perdon
(Diego escucha con manifiesto asombro.)
que tardo en firmar anduve,
no se hizo esperar el premio.
Mira tu padre cual ruge,
declarando á no sé quién
la saña con que se nutre.
«Penetra con el acero
en la raíz de mi ultraje;
purifica tu linaje;
corta su vida si muero.»
Y esta vida que cortar
loco tu padre presume,
es la del hombre que olvida
los atentados que sufre;
la que ha firmado este pliego; (Por el perdon.)
la que á cenizas reduce (Lo rasga.)

de su implacable soberbia
la mal escondida lumbre.

DIEGO. ¿Pero eso es verdad, señor?
Un vértigo que me aturde
estallando en el cerebro
mi entendimiento sacude
y temo que en esta lucha
razon y vida sucumben.

ALVARO. Miralo bien.—De tu padre.—
No hay medio de que lo oculte:
«Corta su vida si muero.»
Míralo, Diego, y no dudes
(Le enseña el pliego; pero de modo que Diego pueda ver la letra de su padre, mas no enterarse del contenido.)
por qué ansío convencerte;
por qué deseo me juzgues
á través de ese mandato
cuando mi fallo pronuncie.

DIEGO. Pero ese pliego...

ALVARO. (Con amarga ironía.) ¡Este pliego!...
Quien tales delitos urde,
paga un traidor que le vende
si compra quien le secunde.

DIEGO. (Retirándose lentamente.)
¡Dios lo ha querido! En la guerra
dejad que la muerte busque,
ya que no encuentro razones
que mi desgracia conjuren.

ALVARO. (¡Pobre mozo! Bien quisiera
ahorrarle tal pesadumbre.)
¡Juana! (Al verla aparecer.)

ESCENA XI.

DIEGO, D. ÁLVARO, JUANA. Esta sale lateral izquierda y se coloca entre ambos personajes.

JUANA. ¡Padre mio! ¡Diego!
¡Tú de ese modo! ¿Qué ocurre?

DIEGO. Que ya no tengo consuelo.

JUANA. (Á su padre.) ¿Le has negado su perdon?

(Despues de una breve pausa.)
¡Responde en nombre del cielo!
¡No encierres tu corazon
en esa cárcel de hielo!

ALVARO. Le he perdonado...
(Juana interroga á Diego con una mirada.)

DIEGO. Es verdad.

ALVARO. Pero otro crímen sin nombre
le hizo indigno sin piedad.

JUANA. (Con vehemencia y marcando con pausas los pensamientos.)
¡Y tú vas á abrirle á un hombre
por siempre la eternidad!
¡Tú á arrebatarle el aliento
que sólo de Dios alcanza!...
¡Tú á cerrarle en un momento
hasta la justa esperanza
de un noble arrepentimiento!
¡Tú, con siniestro rigor,
á pulverizar un ser,
sin mirar, padre y señor,
que nadie te dió el poder
inmenso del creador!
Ven tú á suplicarle, Diego.
Dile que más no resista.
¡Dile, con frases de fuego,
que no recobra la vista
porque le maten un ciego!
¡Que ciego es el delincuente
y darle vista es deber!
¡Que el reo no se arrepiente
sin sufrir y padecer
de sus recuerdos en frente!
¡Ven!

DIEGO. ¡Espira en mi garganta
la voz!

JUANA. (Á su padre.) Tu rencor olvida.

ALVARO. ¿Y la justicia, que es santa?

JUANA. ¡Mas limitar una vida
es una cosa que espanta!

ALVARO. Quien siega el árbol dañino
al provechoso enaltece.

JUANA. Tal vez no; que su destino
marcó quien todo lo ofrece
por misterioso camino,
y acaso hizo el mal surgir
junto á la cuna del bien,
para con ambos fundir
la sávia de un nuevo eden;
el gérmen del porvenir.

ALVARO. Dios la justicia aquilata
y Dios es la eterna luz.

JUANA. Mas Él no rompe, desata.
¡Ah! ¡No se inspira en la cruz
esa justicia que mata!
Dios es el santo cordero
que dulce piedad pregona,
que en el suspiro postrero
á todo el mundo perdona
desde el sublime madero;
que flota en la confusion
del mundo, y desde su altura
anuncia la redencion
con infinita ternura,
perdon, diciendo, perdon.

DIEGO. No sé qué santa embriaguez...
Nueva esperanza renace...

JUANA. ¡Mira al firmar como juez,
que sólo una vez se nace,
se muere sólo una vez!

ALVARO. (Si ante estas razones cejo...)

JUANA. Ten para Diego clemencia.

ALVARO. (Expuesta á Constanza dejo...)

JUANA. ¡Medita que mi existencia
es de la suya reflejo!

DIEGO. (Vas á excitar los enojos
de adormecidos agravios.)

JUANA ¡Mira que vivo en sus ojos
desde que brota en sus labios
el fuego de mis sonrojos!

ALVARO. (Saliendo de su distraccion.)
¿Qué has dicho, desventurada?

DIEGO. ¡De nuevo en rencor se abisma!

ALVARO. Por contemplarte curada

de su amor, á él y á tí misma
os redujera á la nada.

JUANA. ¡Padre!

DIEGO. ¡Señor!

ALVARO. Y á tener
recelos, no la evidencia
que hoy tengo de tu querer,
pidiera á la omnipotencia
que no formase tu ser.

DIEGO. ¿Cómo, señor, se concilia
tal encono y el favor
conque tu mano me auxilia?

ALVARO. (Á Diego.) Contra ese imposible amor
late un odio de familia.
Y es su razon tan suprema,
que á poderla concebir
tal como el odio la estrema,
mejor quisieras morir
que descifrar el problema.
Cubra ese amor el olvido,
que es digno de maldicion.

JUANA. (Con vehemencia.)
¿Y quién sujeta el latido
que hasta el propio corazon
ignora cómo ha nacido?

ALVARO. Quién sus impulsos domina
y á la razon los sujeta.

DIEGO. (Con amargura.)
En vano el loco se obstina
por subir hasta la meta
que su delirio imagina.

ALVARO. Esto ha de ser. Yo lo digo.

ESCENA XII.

DIEGO, D. ÁLVARO, JUANA, MARTIN. Este sale por el foro izquierda.

MARTIN. Señor...

ALVARO. ¿Qué?

MARTIN. Su alteza el rey...
(Indicando que le llama.)

ALVARO. Voy.

DIEGO. (Á D. Álvaro. Éste da á entender con un ademan que reflexionará.)
El perdon ó el castigo
caben sin duda en la ley.
Sed bondadoso conmigo.

JUANA. ¡Padre! (Suplicándole.)

ALVARO. (En tu estancia escondida
tu amargo pesar devora.
Olvídalo todo, olvida;
que estás mirándole ahora
por vez postrera en tu vida.
(Váse foro derecha.)

ESCENA XIII.

JUANA, DIEGO.

DIEGO. Ya te dije que este amor
era infranqueable abismo
que entre los dos colocaba
la crueldad del destino.

JUANA. Las almas fuertes se templan
con el rigor y el peligro.
Yo esperaré que su enojo
le marque rumbo distinto
para apelar á las armas
inmensas de mi cariño,
hasta conseguir que ceda
de sus sangrientos designios.

DIEGO. Y en tanto queda mi padre
preso, por odios antiguos,
y roto por siempre el lazo
que liga nuestros destinos.

JUANA. No. Que si sordo á mis voces
é insensible á mis suspiros,
mi padre tan solo escucha
de sus rencores el grito,
iré á los piés del monarca,
que siempre me oye benigno;
que nunca supo negarse
al ruego del afligido.

y de mi llanto copioso
dejando brotar el rio,
no me alzaré de los suelos
sin ver su perdon escrito.

DIEGO. Eso bien. Así me infundes
nuevo valor, nuevos bríos
y ya risueña esperanza
en vez de dudas abrigo.
¿Qué no domina el amor
de tal manara sentido?
¿Qué obstáculos no supera?
¿Quién le atajá en su camino?

JUANA Nadie si aumentan su fe
persecucion y martirio.

DIEGO. Vuela, mi Juana querida;
que como yo no resisto
ante las dulces promesas
de tus acentos divinos,
tampoco sabrá el monarca
sus generosos instintos
encadenar, cuando te oiga
piadoso y enternecido.

JUANA. Voy. (Dirigiéndose lateral izquierda.)

DIEGO. Y mi alma te llevas. (Acompañandola.)

JUANA. Yo te dejo mi albedrío.

DIEGO. Para obligarme con él.

JUANA. Fía en mí. (Desaparece.)

DIEGO. Como en Dios mismo.

(Continúa los versos siguientes sin interrupcion.)

ESCENA XIV.

DIEGO, solo.

Que al fin en tanta desdicha
Él ese ángel me ofrece.
¡Don Pedro aquí!
(Al volverse ve á D. Pedro, que aparece fondo derecha.)
Me parece
que no es feliz con mi dicha.

ESCENA XV.

DIEGO y D. PEDRO. Éste sale foro derecha.

PEDRO. Circula ya entre las gentes (Con agitacion.)
que se ha negado el perdon.
DIEGO. Mi padre dió la ocasion (Con amargura.)
á ser eso cierto.
PEDRO. ¡Mientes! (Con energía.)
DIEGO. ¡Tio! (Con ira reprimida inmediatamente.)
Yo ví el documento
que sus rencores publica.
PEDRO. Y yo tambien, que duplica
quien teme su pensamiento.
Como éste otro pergamino
(Mostrándole un pliego.)
compró á un traidor el de Luna,
pensando que la fortuna
solo conoce un camino.
DIEGO. Nada ignoro. Sé el mensaje.
PEDRO. Que dice... (Disponiéndose á leer.)
DIEGO. ¡Mandato fiero! (Conteniéndole.)
«Penetra con el acero
en la raiz de mi ultraje.»
PEDRO. ¿Y qué más?
DIEGO. Sobra con esto.
PEDRO. No sobra, porque es preciso
dar á tus odios aviso
para que ocupen su puesto.
Y aunque escuchar no te cuadre
la verdad que aquí palpita,
presta atencion y medita
que esto lo firma tu padre.
(Lee con agitacion creciente.)
«Si hoy don Álvaro de Luna
»mi cadalso quiere alzar,
»si en él pretende ahogar
»recuerdo que le importuna,
»si así mi nombre deshonra
»cuando sus iras extreme...
»hoy lo he descubierto, teme

(Dando gran energía á esta frase.)
»que le demande mi honra.
»Y pues no tengo esperanza
»desde esta cárcel odiosa...»
(Los dos versos anteriores con precipitacion; despues se contiene y dice los otros dos precipitadamente tambien, como el que no sabe de qué manera ocultar lo que sigue.)
—Hay un borron; pero es cosa
así como de venganza.—
«Penetra con el acero
»en la raiz de mi ultraje,
»purifica tu linaje,
»corta su vida si muero.»

DIEGO. ¿Honra el de Luna nos debe?

PEDRO. Aquí tu padre lo dice.

DIEGO. Dejadme... (Queriendo ver el pliego.)

PEDRO. (Evitándolo.) Cuando realice
lo que me ordena.

DIEGO. Sed breve.

PEDRO. Quien el misterio penetra...

DIEGO. No duda. (Con sequedad.)

PEDRO. (Con enérgica prontitud, enseñándole rápidamente el pliego y desviándolo inmediatamente.)
Pues pese á tí,
mira; y cual dudas de mí
duda tambien de su letra.
(Volviendo á leer.)
«Procúrate artero y falso
»que al rey poniendo delante
»su afrenta, mi hijo levante
»contra el de Luna un cadalso:
»y al pisar la última grada,
»á ella por Diego impelido,
»oyendo un sordo zumbido
»entre la plebe aterrada;
»cuando al silbar la cuchilla,
»suspendida por su mano,
»corte la vida al tirano
»vengando nuestra mancilla...»

DIEGO. Seguid. (Con ansia.)

PEDRO. (Con solemnidad.) Un sagrado velo

lo impide.

DIEGO. (Pugnando por apoderarse del pliego.)
Quiero saber...

PEDRO. La senda de tu deber
conduce al fin del secreto.

DIEGO. Encontrados pareceres
engendran en mí la duda.

PEDRO. Aquí la verdad desnuda (Por el pliego.)
marca tenaz tus deberes.
¡Honra tu padre reclama!
¿Eres honrado?

DIEGO. (Con indignacion.) ¡Qué afrenta!

PEDRO. Pues debes pedirle cuenta
á quien tus timbres infama.
Y si el amor de una dama
lo impide con tiernos lazos,
debes romper en pedazos
las mallas de tu pasion;
que el yugo del corazon
(Con energía creciente.)
no deja libres los brazos.
Y pregonando inclemente
que aquí se ofende á la ley,
colocar debes al rey
de sus sonrojos en frente.
Sublevar toda la gente
que el torpe privado humilla;
fecundizar la semilla
del descontento que cunde;
pedir al pueblo que funde
decoro y honra en Castilla.

DIEGO. Sea pues. (Con resolucion.)

PEDRO. Esto te exijo.

DIEGO. Aunque el dolor me taladre
eternamente aquí fijo, (Al corazon.)
intentaré cuanto un hijo
debe intentar por su padre.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

D. ÁLVARO y MARTIN.

ÁLVARO. ¡Hola! (Despues de escribir en un pergamino.)
MARTIN. Señor. (Apareciendo foro izquierda.)
ÁLVARO. (Dándole el pliego que escribió.)
Al alcaide
del castillo. En ese pliego
que tú mismo has de entregar,
se oculta un grave secreto.
Recuerda cómo castigo;
ten presente cómo premio,
y procura ser en todo
sagaz, activo y discreto.
MARTIN. Ni galardones codicio
ni justos rigores temo;
cimentada mi obediencia
en amor como en respeto,
á una señal de disgusto
sinceramente padezco.
y un signo de aprobacion
basta y sobra á mi contento
ÁLVARO. Ya sé que puedo estimarte

como al mejor de los buenos,
y si al favor de su alteza
por dicha de todos vuelvo,
tú verás que mi memoria
no debilitan los tiempos.

MARTIN. En mí imperais como impera
el ánima sobre el cuerpo.

ALVARO. Ya lo sé, Martin, y acaso
necesite de tu esfuerzo
muy pronto. Desde la muerte
del buen Alonso Vivero, (Irónicamente.)
que, por azar desdichado,
cayó de la torre al suelo
en esta casa, me agitan
muchos presagios funestos.
Acrecen mis enemigos;
el rey se muestra severo,
y adivino que la lucha
no ha de tardar mucho tiempo.

MARTIN. Entre vos y los contrarios
que os dan la envidia y los celos,
sabré interponer, señor,
mi lealtad y mi pecho.

ALVARO. Gracias, Martin. Á la envidia
conteste sólo el desprecio;
que el envidiado posee
en cada envidioso un siervo,
y harto sufren con sus dichas
los más agudos tormentos.
Vé al castillo. Dí al alcaide
que al punto...

MARTIN. Voy. (Se dirige al foro y vuelve.)
¿Y don Diego,
que muy impaciente aguarda
en el contiguo aposento?...

ALVARO. Déjale franca la puerta...
(Y Dios me ayude.)

MARTIN. (Váse foro derecha.) Obedezco.

ESCENA II.

D. ÁLVARO.

Sálvese doña Constanza,
cariño y honor la debo;
es necesario que pague
sin reparar en el precio.
¿La vida de un desdichado,
que nunca debiera serlo
á no hallarme en su camino,
inmolaré á mis proyectos?
Sí; pues quizá de tal modo
evito un crímen horrendo;
salvo á esa triste mujer;
separo á Juana y á Diego;
doy, si no puedo ventura,
tranquila calma á su pecho,
y escucho yo nada más
la voz del remordimiento.

ESCENA III.

D. ÁLVARO y DIEGO. Éste sale foro derecha.

DIEGO. Señor. (Con sequedad.)
ÁLVARO. Diego...
DIEGO. (Observando el efecto que sus palabras causan en D. Álvaro.)
En torno á vos
con loca impaciencia giro;
que en este ambiente respiro
algo que atañe á los dos.
Acaso el poder de Dios
me impulse con fuerza ruda;
acaso Luzbel sacuda
en mí este ardiente volcan,
donde agitándose están
los demonios de la duda.
Duda en que ansioso me anego
y á la que nada pregunto..
temiendo llegar al punto

de querer quedarme ciego.
¡Duda á quien loco me entrego...
pidiendo con terquedad
que insista la oscuridad
do luces radiantes brotan;
que haya sombras, donde flotan
los rayos de la verdad!
Rayos de luz que yo he visto
iluminando tal prueba,
que á la conviccion me lleva
con fuerzas que no resisto;
pues si en mis dudas insisto
hasta ellas me hacen traicion,
y pregunta el corazon
á quien le roba la calma,
si es justo el amor del alma
ó el odio de la razon.
Decid.

ALVARO. (Con asombro.) ¿Yo?

DIEGO. Vos. Há un instante
ví, con terror y sonrojos,
de mis deslumbrados ojos
un pergamino delante;
en él vuestro encono fijo
señaló, miré y ví algo
que repugnaba al hidalgo
y aterrorizaba al hijo.
¡Tan hondo el pesar sentí
que mi lengua enmudeció!
¡Luégo un acento vibró!
Me dijo, «lee» y leí...
«Penetra con el acero
»en la raiz de mi ultraje.
»Purifica tu linaje.
»Corta su vida si muero.»

ALVARO. Es verdad.

DIEGO. Y así ofuscada
mi razon, quedó sumida
en negra noche; dormida
su penetrante mirada.
Ya á mis solas concebí
que algo faltaba al mensaje,

y, batallando, el ultraje
completé; reconstruí.

ALVARO. ¡Cómo! (Con sobresalto.)

DIEGO. Escuchadme y juzgad
cual se hace en la noche el dia
si exaltan la fantasía
fulgores de la verdad.
(Señalando en el espacio como si fuera en un pliego.)
«Si hoy don Álvaro de Luna
»mi cadalso quiere alzar...»

ALVARO. ¿Qué es esto? (Con asombro y terror.)

DIEGO. «Y en él ahogar
»recuerdo que le importuna;
»si así mi nombre deshonra
»cuando sus iras extreme...»

ALVARO. (¡Desdichado de mí!)
(Comprendiendo que Diego ha descubierto el secreto.)

DIEGO. «Teme
»que le demande mi honra!»

ALVARO. No sigas. (Con espanto.)

DIEGO. Así el ultraje
responde completo á todo.

ALVARO. Calla, calla. (Id.)

DIEGO. De este modo
nada le falta al mensaje;
y en vano los ojos ciego
por no ver tanta maldad,
que escribe en vos la verdad
con caractéres de fuego.
¡Pinta en la faz que demuda
sombras de negro capuz;
miro, y como hay tanta luz,
ya no es posible la duda!

ALVARO. ¡Basta ya!
(Queriendo hablar con un tono de autoridad que no le es posible usar.)

DIEGO. ¡Por vida mia!
(Exaltándose gradualmente.)
¿No advertis que trato de honra
y el rencor de mi deshonra

en desbordarse porfía?
¿Que exijo, aunque mal os cuadre,
rasgueis de este arcano el velo;
que os invito á mortal duelo
para vengar á mi padre!

ALVARO. ¡Tú! (Con espanto, pero sin temor.)

DIEGO. ¡Yo!

ALVARO. ¿Por qué convencerte
de que en mí tu honor estribe?

DIEGO. Porque mi padre lo escribe
desde el umbral de la muerte.

ALVARO. ¿Tu padre me acusa?

DIEGO. Sí.

ALVARO. ¿De qué delito?

DIEGO. No sé,
ni me importa; de honra fué;
con esto me sobra á mí.

ALVARO. (Con amargura.)
Acabemos. Tú no mides
el abismo que franqueas.
¡Reñir conmigo deseas!
¡No sabes, no, lo que pides!

DIEGO. Pues abridme la prision
de mi padre, y en lid cruenta
lavada quede su afrenta
con sangre del corazon.

ALVARO. ¡Imposible!

DIEGO. Esa palabra,
excitando mi rencor,
despierta el ciego furor
que múltiples odios labra.
Y siento de ira convulso,
que ya se acerca el momento
de que obre en mí violento
algun frenético impulso.

ALVARO. ¡Diego!

DIEGO. Si importa al tirano
que nos deshonra y humilla,
no sufrir ante Castilla
sobre su rostro esta mano,
termine ya la batalla
que entre honor y deber libran;

que aquí los acentos vibran (Por el cerebro.)
de la tormenta que estalla;
que olas de sangre me ciegan
y aquí se agolpan hirvientes (Por id.)
gritando: «Los Benaventes
á tu justicia le entregan.»

ALVARO. ¡Loco!

DIEGO. Si, loco en verdad,
que viene á lavar su afrenta
y al propio tiempo sustenta
del pueblo la libertad.

ALVARO. ¡Tú!

DIEGO. ¡Yo!... Que mi nombre doy
al pueblo que se subleva;
que á donde airado me lleva
con tal de vengarme voy,
y con suplicios acerbos
he de mostrar al tirano,
que este pueblo castellano
ni engendra ni nutre siervos.

ALVARO. ¡Basta ya!

DIEGO. No basta. Quiero
purificar mi linaje
y la raiz de mi ultraje
desentrañar con mi acero;
ó bien, del pueblo á las iras,
hacer que broten querellas
en el terreno que huellas;
en el aire que respiras;
y á fin de abrir un abismo,
que toda concordia excluya,
(Disponiéndose á cruzarle el rostro.)
quiero ver la afrenta tuya
este dia y aquí mismo.

ALVARO. ¡Poder de Dios! ¡Insensato!
¿Qué intentas?

DIEGO. Lanzar audaz
en tu rostro...

ALVARO. ¡Tú!... ¡En mi faz!
(Sujetándole el brazo.)
¿Y te he visto? ¿Y no te mato?
¡Hola! ¡Al castillo! ¡Martin!

(Dirigiéndose al foro gritando.)
¡Traedme aquí al reo! ¡Pronto!
(¡Si llegan á tiempo!..) ¡Afronto
el duelo mortal!...

DIEGO. ¡Al fin!...

ALVARO. ¡No ha de contemplar mañana
esa luz!

DIEGO. ¡Dios mio! ¡Ella! (Viendo á Juana.)

ALVARO. ¡Yo te juro!...

DIEGO. ¡Aciaga estrella!

ALVARO. ¡Que ha de morir!

DIEGO. Callad.

ALVARO. (Al verla.) ¡Juana!

ESCENA IV.

D. ÁLVARO, DIEGO y JUANA. Ésta sale lateral izquierda y se coloca entre ambos personajes.

JUANA. ¡Padre! Acabo de saber
que has negado tu perdon
y no acierto á comprender
por qué suprema razon
mi dicha quieres romper.

ALVARO. Hoy no es de perdones dia;
que así al infierno le plugo.

DIEGO. No insistas en tu porfía.

JUANA. No puedo sufrir el yugo
de tan horrible agonía.
Aquí me finjo, aquí veo (Por la mente.)
aquella cárcel oscura;
oir la plegaria creo
que entre sollozos murmura
por última vez el reo,
y en la densa oscuridad
que pálida luz colora
á trechos, la soledad
de un sacerdote... que ora
al pie de la eternidad.
Miro del antro surgir
una sombra que me espanta;
siento hasta el aire latir;

oigo el eco que levanta
los muros repercutir.
Miro la sombra avanzar;
al reo... retroceder;
al sacerdote... llorar...
gemidos y ecos crecer...
luégo extinguirse... y callar.
Despues, la sombra que hiere
huye por la ancha crujía;
la luz resistirse quiere...
lanza un destello sombría...
lo ve todo muerto... y muere.
¡Y no todo acaba! Lento
recoge el aire la nota,
la acusacion, el lamento
de alguna sangrienta nota
que choca en el pavimento.
¡Así una existencia espira!
¡Ah! ¡Cruel sociedad retrata,
que el genio del mal inspira,
aquel verdugo que mata
sin compasion y sin ira!

DIEGO. Ese cuadro aterrador
no pongas ante sus ojos.
No lo comprende. El furor
creciente de sus enojos
no deja espacio al dolor.

JUANA. ¡Diego! ¡Padre!
(Conteniendo al primero y suplicando al segundo.)

DIEGO. No hay manera
de rendirle al sentimiento.
¡Tanto el coraje le altera!

JUANA. ¡No amargues mi sufrimiento! (Á Diego.)

ALVARO. Sí; necesito que muera. (Abstraido.)

DIEGO. Ó que mate.

JUANA. ¡Calla, Diego!
¡Padre!
(Á Diego.) ¡No excites su encono!

DIEGO. ¿Qué me importa?

JUANA. (Á D. Álvaro.) ¡Oye mi ruego!
¡Perdona!

ALVARO. No, no perdono.

JUANA. ¿Estás, por desdicha, ciego?
¿Has llegado á meditar
que al cumplirse la sentencia,
van tu reposo á turbar
los gritos de la conciencia?
¿Tú sabes lo que es matar?
Un desdichado que implora...
Un sayon que le atavíe...
Una tumba que devora...
el ángel malo que rie
y el ángel bueno que llora; (Pausa.)
y marcando el tiempo fijo,
que sólo el Eterno abarca,
un hombre... y un crucifijo,
y aquel poniendo su marca
sobre lo que éste bendijo. (Pausa)
Un grano de arena al fin
que rueda al fondo. ¡Inhumano!
Y, de uno en otro confin,
voz que pregunta: «¡Tu hermano!
¿Qué es de tu hermano? ¡Cain!»
Huir quieres, no hallas donde;
que siempre la voz te sigue
á donde el miedo te esconde.
Te aterras, más te persigue,
llamas á Dios... ¡No responde!
¡Padre! que te han de juzgar!
¡Que aquella voz has de oir
contra tus hechos clamar!
¡Aprende, aprende á morir,
mas no aprendas á matar!

ALVARO. Calla. (Conmovido.)

DIEGO. (El alma me conmueve.)

ALVARO. (La sangre mi rostro abrasa...
¿Y Martin? (Mirando al foro.) ¡Fortuna aleve!)

JUANA. ¡Medita que el tiempo pasa
y que la vida es muy breve!

ALVARO. Bien. (Conmovido y como dejándose convencer.)

JUANA. ¡Conseguimos la palma
del triunfo!

DIEGO. Yo no.

JUANA. ¡Los dos!

ÁLVARO. Tú eres la paz; tú la calma. (Abrazándola.)
JUANA. (Con exaltacion.)
¡Porque hablo en nombre de Dios
y desde el fondo del alma!

ESCENA V.

D. ALVARO, JUANA, DIEGO y D. PEDRO. Éste sale foro derecha.

PEDRO. Calles y plazas corriendo
van, en creciente tumulto,
los de Estúñiga y Plasencia,
que acaban de entrar en Búrgos.
Gritan que Alonso Vivero
no cayó desde aquel muro (Señalando al foro.)
há tres dias, por azar.
Hablan de crímen oculto.
Dicen que mano traidora
pagó el homicida impulso,
y al estrellarse... justicia
apellidó el moribundo.
ÁLVARO. ¿Eso dicen?
PEDRO. Dicen más.
Añaden que á su conjuro
cruzó el infame asesino
las galerías convulso,
llevando escrito en el rostro
de sus delitos el surco.
Añaden... Si os interesa
saber más, salid y os juro
que habreis de escuchar al paso
algo que os cause disgusto.
ÁLVARO. Voy pues.
(D. Álvaro se dirige á la puerta reservada, Diego se le interpone y cuestionan allí mientras el diálogo de los otros personajes, de modo que Don Álvaro y Juana desaparezcan al propio tiempo de la escena.)
PEDRO. (Con precipitacion.) (Salid, doña Juana.
He de hablar á Diego al punto,
porque su padre... su padre,

llegado el instante último...

JUANA. No haya que temer; su perdon
tengo, don Pedro, seguro.

PEDRO. No hay nada sino el morir
asegurado en el mundo.

JUANA. Mas....

PEDRO. Ya no resta esperanza
ni aun en la paz del sepulcro.

JUANA. Hablaré al rey.

PEDRO. (Con siniestra alegría.) ¿Al rey vos?
¿Vos le hablareis?

JUANA. ¡Os lo juro!

PEDRO. Volved; pues para el monarca
conservo un medio seguro.

JUANA. Iré á verle; pero á Diego
no le digais...

PEDRO. Seré mudo.)

(Váse D. Álvaro por la puerta secreta y Doña Juana por la lateral izquierda.)

ESCENA VI.

DIEGO y D. PEDRO.

PEDRO. (Cambiando de tono y con viveza, amargura y cólera.)
Cuando al castillo llegué
ví un clérigo y un sayon;
sentí frio al corazon...
me estremecí... pero entré.
Cruzo la bóveda umbría;
avanzo, y ver me parece
una luz que desfallece
junto á un hombre en la agonía.
Corro, y al fulgor cercano
de luz que cárdena brilla,
veo un Cristo, una cuchilla
y un cuerpo inerte. ¡Mi hermano!

DIEGO. ¡Mi padre!

PEDRO. ¡Tu padre! ¡No!
¡Porque su justa venganza
no tiene más esperanza

ni más adalid que yo!

DIEGO. (Sin oir á D. Pedro.)
¡Mi padre! ¡Triste de mí!
¡Un clérigo y un sayon!
¡Oh! ¡tan inícua traicion
jamás me ha cabido aquí! (Por el cerebro.)

PEDRO. ¡Llora! La suerte está echada.

DIEGO. ¿Ya no he de verle? ¡Mentira!
(Sin atender á D. Pedro.)

PEDRO. ¿No sabes tú lo que inspira
quien llora ciñendo espada?

DIEGO. ¡Mentira! El reto admitió (bis)
don Álvaro. Sí, estoy cierto:
no cabe duda. ¡Y lo ha muerto!
¡Y él vive! ¡Y respiro yo!
Mas juro que he de llenar
las crónicas burgalesas,
con las ardientes pavesas
de este maldito solar.
He de sujetarme al yugo
de mi armadura acerada,
hasta dejarle en la grada
bajo el poder del verdugo,
y hacer que digan las gentes
maldiciendo en cualquier trance:
«¡Permita Dios que te alcance
venganza de Benaventes!»

PEDRO. Pues bien; para esa venganza
conservo aquí tal conjuro,
que no ha de serle seguro
el templo de su privanza.

DIEGO. ¿Qué debo hacer?

PEDRO. Á su alteza
entrega hoy mismo este pliego;
(Mostrándole uno que trae oculto.)
que lea, y si lee... Diego,
esto vale una cabeza.

DIEGO. Yo lidio á la luz del dia
como hidalgo y caballero.

PEDRO. Yo que lo mate prefiero
la reina doña María.

DIEGO. ¿Estais demente quizás?

¿No ha muerto?

PEDRO. (Por el pliego.) Quien esto escribe
no muere nunca; aquí vive:
llévalo al rey y verás.

DIEGO. ¿Cartas?

PEDRO. Cartas. No te asombre;
de amor.

DIEGO. ¡La reina perjura!
¿Es que no hay honra segura
donde penetra ese hombre?

PEDRO. Tú lo has dicho.

DIEGO. ¿Y cómo vos?...

PEDRO. Óyeme y verás patente
cómo sigue al delincuente
con recta justicia Dios.
Alejada de la córte
vivió en la imperial Toledo
la bella Irene de Olmedo,
que fué mi encanto y mi norte.
Ya por entónces mi hermano,
á despecho de Constanza,
tu madre, formó alianza
de nobles contra el tirano.
El condestable impaciente
vengarse en todos trazó
y de este suelo extrañó
la raza de Benavente.
Sin conocerme siquiera,
sin agravios que vengar,
me hizo prender, maniatar
como si fuese una fiera.
Sangrienta fué la jornada;
luché y luché... pero al cabo
vendido fuí como esclavo
al rey moro de Granada.

DIEGO. ¿Eso más!

PEDRO. Y nadie supo,
ni mi hermano ni mi esposa,
que suerte tan oprobiosa
por largos años me cupo.
Sin dato ninguno cierto
juzgó la imaginacion.

Unos dijeron: «Prision.»
Dijeron los otros: «Muerto.»
Por fin, de aquella tortura
salí, dejando á Granada
á favor de una algarada;
merced á una noche oscura.
Corrí á Toledo; llegué
ansioso de amor, de calma,
y mi existencia y mi alma
heridas de muerte hallé.

DIEGO. ¿Irene?...

PEDRO. ¡Sí, en la agonía
estas cartas me entregó!
¡Desde entónces guardo yo
letras de doña María!
¡Desde entónces tengo aquí (Al cerebro.)
grabado, perenne, fijo,
esto que Irene me dijo
al despedirse de mí!

DIEGO. Seguid.

PEDRO. «Él rompió los lazos
»que á tí me unían. Lloré,
»pedí perdon, supliqué
»que te volviera á mis brazos.
»¡Ruego inútil! Pero alcanza,
»si no este amor porque muero,
»al ménos el goce fiero
»de asegurar tu venganza.
»Pesarosa, más discreta,
»aun á riesgo de mi fama,
»al ser de la reina dama,
»viví en su historia secreta,
»y Dios ó Luzbel un dia
»quisieron que, por azar,
»llegase yo á custodiar
»cartas de doña María.
»Estas son. En su fiereza
»mató nuestra dicha, es cierto;
»pero hoy que la reina ha muerto,
»toma, Pedro, su cabeza.»
Esto dijo y espiró.
¡Matar á ese vil juré!...

¡Medita si cumpliré
mi justa venganza yo.

DIEGO. Pero don Juan...

PEDRO. Enlazado
á otra mujer virtuosa...
ya no recuerda la esposa
que mancilló su privado;
más si al verse escarnecido
sube esta afrenta á la faz...
medita de qué es capaz
todo un monarca ofendido.
Excite, pues, su coraje
aqueste dardo certero;
rasga atrevido el primero
los velos de tal ultraje;
empuje tu mano airada
sin vacilar al destino;
hazle andar todo el camino
del cadalso grada á grada,
y alli...

DIEGO. Me incitais en vano:
hidalgo, noble nací,
no fuera digno de mí
lo que repugna á un villano.
Espada guardo en el cinto;
razon y energía siento;
cunde fuera el descontento
contra este infame recinto;
dejadme hacerle pedazos
y arrancarle el corazon.
¡No he menester ser felon
teniendo justicia y brazos!
(Váse foro derecha.)

ESCENA VII.

D. PEDRO.

Loco, loco, que persigue
aquella víbora aleve
en alas de una hidalguía
que su adversario no entiende

teniendo en sus manos armas
que vibran rayos de muerte.
Tambien yo quiero lidiar
con el traidor frente á frente;
mas puede adversa fortuna
darle modo de vencerme,
y no riño sin certeza
de que su tronco ha de verse
donde Castilla á sus anchas
atónita le contemple.
Sí; que morir sin vengarse...
¡Por Dios! Es morir dos veces.
¡Juana! (Al verla.) El medio mas seguro
de lograr...

ESCENA VIII.

PEDRO, JUANA y MARÍA. Estas salen lateral izquierda.

JUANA. ¡Vuela! Prevenles
que voy á salir al punto.
MARÍA. ¿En litera?...
JUANA. Sí.
PEDRO. (Con satisfaccion.) (¡Bien!)
JUANA. (Á María.) Vete.
(Váse María foro derecha.)

ESCENA IX.

D. PEDRO y JUANA.

PEDRO. (Lograr que su propia hija
sea el brazo que nos vengue,
es conseguir lo que nunca
pude esperar de la suerte.)
JUANA. Veré á su alteza ahora mismo.
PEDRO. (Con irónica cortesanía á fin de que contraste con el tono empleado en los dos versos últimos de la escena.)
Id, señora: de vos pende
ver cumplida la esperanza
que nos alienta y sostiene.

Llevadle este pergamino;
si rasga este sello y lee...
posible es que su lectura
en todo el reino resuene.

JUANA. ¿Tanto esperais?

PEDRO. Tanto espero
de lo que el pliego contiene,
que diera mi sangre toda
por ver el acto solemne
en que rasgando su alteza
la doble cubierta, lee...
y no le cabe en el alma
el gozo inmenso que siente.

JUANA. Voy pues, don Pedro, y
[redacted] ([redacted])
[redacted]. El cielo
nos ayude.

PEDRO. Hacerlo debe.

(Acompaña á Doña Juana hasta el foro derecha. la despide con un ademan, y despues de una breve pausa, dice con expresion amenazadora.)

(Anda; que van en tus manos
los odios de Benavente.)

ESCENA X.

PEDRO, MARTIN, por el foro izquierda y D. ÁLVARO, que sale por la puerta secreta.

MARTIN. ¡Señor! ¡Señor! ¡Á las armas!
¡Nos cercan ya!

ALVARO. (Encontrándose con Martin.) Lo sé. Vete.

MARTIN. Pacheco, Giron, Carrillo,
acaudillando la plebe,
ponen asedio á la casa.

ALVARO. Cierra las puertas. Prevente
con Chacon, Sesé y Zepeda
á exterminar esas huestes,
y el que ose llegar al muro
halle en el muro la muerte.

MARTIN. Voy.

ALVARO. No haya piedad.
(Al retirarse Martin, D. Álvaro le contiene.)
(Escucha.
Y... ¿el padre de Benavente?) (Con ansiedad.)
MARTIN. (Con afliccion.)
(¡Ah, señor! Cumplí el mensaje.
¡No hay remedio!) (Váse foro izquierda.)
ALVARO. (Con desaliento.) (Dios lo quiere.)
PEDRO. (Ya se condensa la nube.)
ALVARO. Vé pues. (¡Corazon, no tiembles;
quizá otro amigo mañana
en la afliccion no me reste.)
(Se dirige á su aposento.)

ESCENA XI.

D. PEDRO y D. ÁLVARO.

PEDRO. Oid. (Cerrándole el paso.)
ALVARO. ¿Sois?... (Con impaciencia.)
PEDRO. Aquel hidalgo
que, al ver del motin el sesgo,
vino á advertiros del riesgo.
ALVARO. Gracias. (Disponiéndose á avanzar.)
PEDRO. Oid. (Conteniendo á D. Álvaro.)
ALVARO. (Dando un paso hácia su aposento.)
Pronto salgo.
PEDRO. No: sin saber lo que valgo;
quién soy; por qué frente á frente
aquí os contengo impaciente;
no pasais aunque os asombre.
Todo ello lo explica un nombre.
Soy Pedro de Benavente.
ALVARO. ¡De Benavente!
PEDRO. Una historia,
cuyo recuerdo os espanta,
mi nombre sólo levanta
sin duda en vuestra memoria.
Vuestra ansiedad es notoria
y claramente evidencia
cómo surge en la conciencia,
de cierto crímen lejano

sombra, que agita la mano
tenaz de la Providencia.

ALVARO. No entiendo...

PEDRO. Vuestra venganza
mató mi felicidad.
Luégo mi hermano... Evocad
su nombre y el de Constanza.
Decidme si su alianza
que formásteis previsor,
fué un sarcasmo á nuestro honor
artero, vil, repugnante.
Mas no lo digais: bastante
lo dice vuestro terror.
En esos círculos rojos (Por los ojos.)
miro sus huellas latentes.
Ahí están. ¡Los delincuentes
debieran cegar sus ojos!
Quizá no sienten sonrojos:
quizá su voz no vacila...
pero en sus ojos rutila
el crímen de tal manera,
que brotar lo ve cualquiera
del fondo de la pupila.
(Señalándole con tenacidad.)

ALVARO. ¡Oh! (Entre confuso é irritado.)

PEDRO. Sí. En la vuestra se pinta
dolo, perfidia, traicion,
en fin, todo el corazon
de una manera distinta.
No hay clara ninguna tinta.
Cuando en buscarla me obstino,
dos rayos á ver atino
que brillan como ninguno:
«adúltero» dice el uno,
y dice el otro «asesino.»

ALVARO. ¡Vive Dios!... (Con ira.)

PEDRO. (Apoderándose de la frase.) Para tu mal;
que has burlado su poder,
y ansiando el límite ver
de tu soberbia infernal,
me ofrece venganza tal
que no acierto á darla nombre.

Venganza, cuyo renombre
dirá á la edad venidera
que no hay en el mundo fiera
más despiadada que el hombre.

ALVARO. ¡Tú lo has dicho!... ¡Á mi coraje!...
¡Hola!...

PEDRO. (Con ironía.) ¡Si están en la lucha!...

ALVARO. (Empuñando la daga sin sacarla y haciendo ademan de acometer.)
¡Yo mismo!...

PEDRO. (Saca la espada y contiene á D. Álvaro.)
El alcance escucha
de mi venganza salvaje.
Tuve pruebas de un ultraje
que al rey con ludibrio marca;
su alteza ahora mismo abarca
el oprobio que allí asoma
y sobre tí se desploma
la indignacion del monarca.

ALVARO. ¿Qué dices? (Atónito.)

PEDRO. Que tu agonía
hoy prepara una doncella
y defienden mi querella
cartas de doña María.

ALVARO. ¡Jesús!... (Con espanto.)
(Se oyen rumores lejanos y no muy perceptibles, que no cesan hasta la salida de D. Álvaro, y que aun entónces no cesan por completo, reproduciéndose hasta que aparece Destúñiga.)

PEDRO. Que de tu osadía
el rey las pruebas recorre;
que en tanto la plebe corre
á las armas contra tí;
que estás cercado por mí
y que nadie te socorre.
Ahora bien: si por tus venas
ardiente sangre circula;
si el furor que te estimula
en vano iracundo enfrenas;
si el odio desencadenas
que en tí palpita... esto es hecho.
Riñe, dándome ocasion

(D. Álvaro se dirige convulso de ira á un trofeo de armas y alcanza una espada.)
de herirte en el corazon,
si hay corazon en tu pecho.

ALVARO. Cubrir el tuyo procura,
que nadie venció mi espada.

PEDRO. Por si acaso, reservada
te guardo tal amargura;
que descender de tu altura
ó morir entre esa gente, (Por el pueblo.)
te fuera grato accidente
á conocerla.

ALVARO. (Cerrando con D. Pedro.) ¡Ay de tí!

PEDRO. (Id. con D. Álvaro.)
¿De quién?... ¡Reniego de mí
si no te marco en la frente!

VOZ. (Dentro.) ¡Viva Castilla!
(Contesta con un viva el pueblo.)

PEDRO. (Con ironía.) ¡Qué ufana
la plebe!... Mas no te azores
así...

VOZ. (Dentro.) ¡Mueran los traidores!
(Contesta el pueblo con un muera.)
¡Viva el rey! (Id. con un viva.)

JUANA. (Desde dentro, con un grito de suprema angustia.)
¡Padre!

ALVARO. (Suspendiendo la lucha.) ¡Mi Juana!

ESCENA XII.

D. PEDRO, D. ALVARO, MARTIN. Éste sale despavorido foro izquierda, seguido de algunos guardias.

MARTIN. (Con rapidez.) ¡Señor! La turba villana
acosa...

ALVARO. (Con suprema angustia.) ¿Á mi hija?

MARTIN. ¡Sí!

ALVARO. ¡Ay de ellos! ¡Espera aquí!
¡Guárdale! (Por Pedro.) ¡Si huir concierta
le matas! ¡Pronto! ¡Á la puerta!
(Sale gritando foro derecha.)

¡Abrid esa puerta! ¡Á mí!
(Los guardias siguen á D. Álvaro, excepto dos que se quedan á una indicacion de Martin.)

ESCENA XIII.

D. PEDRO, MARTIN.

MARTIN. Dadme ese acero. (Á D. Pedro, con sequedad.)
PEDRO. Lo guardo
y es lo mismo. (Envainando.)
MARTIN. Una mirada
que sorprenda en vuestros ojos,
y al verla no me complazca,
el fin de vuestra existencia
con sus destellos señala.
PEDRO. Quiero vivir; necesito
(Atravesando la escena para llegar al mirador.)
vivir para mi venganza,
y esto sólo garantiza
en mí, inalterable calma.
(Despues de mirar al exterior.)
Pero ved, se abre la puerta.
MARTIN. (Mirando.) Cierto. Mi señor rechaza
las turbas con ese empuje
que á toda Castilla pasma,
y se revuelve furioso
en busca de doña Juana
como la tigre á quien roban
los hijos de sus entrañas.
PEDRO. Pero ella... No la distingo
entre esas olas humanas.
MARTIN. Ni yo escucho más acento
que roncos gritos de rabia,
que se cruzan y se chocan
en estridente algazara,
formando un confuso coro
de maldicion y amenaza.
PEDRO. Ya retrocede. (Rapidez.)
MARTIN. ¡Le acosan!...
PEDRO. Y de cerca.
MARTIN. ¡Ya traspasa

el umbral!

PEDRO. Sí.

MARTIN. ¡Mi deber
en su defensa me llama!

PEDRO. Id en buen hora; mas temo
que llegueis en hora mala,
pues la estrella del poder
cuando se eclipsa se apaga.

MARTIN. Esa razon me decide.
(Dirigiéndose á la puerta.)

PEDRO. ¡Hélo aquí!
(Al ver á D. Álvaro que se bate en retirada.)

MARTIN. ¡Fortuna ingrata!
(Colocándose al lado de D. Álvaro.)

ESCENA XIV.

D. ÁLVARO, PEDRO, MARTIN, DESTUÑIGA, SOLDADOS de uno y otro bando, pueblo.

ALVARO. ¡No cedo, no; que mi ley
aún se obedece en Castilla!

DEST. Ante el rey todo se humilla
y os prendo en nombre del rey.

ALVARO. ¿Del rey?

DEST. Mirad. (Mostrándole la órden.)

PEDRO. (Á D. Álvaro.) (Tu cabeza
tengo al fin.)

ALVARO. (¡Dios soberano!)

PEDRO. (Ya te dije que un arcano
desentrañaba su alteza.)

ALVARO. ¡Oh! (Con ira. Pausa.)
Mi espada. (La entrega. Pausa.)
Humilde acato
la decision de mi dueño.
(Á Pedro.) (Mas si despierto del sueño. .)

PEDRO. (Ó me matas ó te mato.)

ESCENA XV.

DICHOS, JUANA, MARÍA, DIEGO. Éstos salen por la puerta secreta.

JUANA. ¡Por aquí! (Abriendo la puerta.)
¡Padre! (Corriendo á abrazarle.)
ALVARO. (Abrazándola con efusion.) ¡Perdida
te juzgué y á verte llego!
JUANA. Creí morir; pero Diego
pudo salvarme la vida.
Cuando salí de palacio,
el alma de angustia llena...
ALVARO. ¿Tú de palacio? (Sorprendido.)
PEDRO. (En su pena
mi sed de venganza sácio.)
ALVARO. ¿Viste al monarca?
(Temiendo entender la verdad que sospecha.
JUANA. ¡Sí tal!
ALVARO. ¿Un pliego le diste? (Con ansia.)
JUANA. ¡Sí!
ALVARO. ¿Le abrió?
JUANA. Delante de mí.
Y con sonrisa glacial,
cual nunca vagó en su boca,
posando en mí una mirada,
murmuró: «¡Desventurada!»
y luégo repuso: ¡«Ó loca!»
Surcó una arruga su frente
y añadió convulso, ciego:
«¿Quién te confía este pliego?»
Don Pedro de Benavente.
ALVARO. (Deja á su hija sorprendida, porque no puede explicarse la conducta irregular de su padre, y dice á Pedro lo siguiente:)
(En tí cebará su encono.
Hé ahi tu muerte decretada. (Pausa.)
Que Juana no entienda nada
de cuanto hizo... y te perdono.)
DIEGO. ¡Qué traicion!
ALVARO. (Volviendo á su hija y con amargura.)

Alvaro.

Nada te aflija.
Vete á un convento.

DIEGO. (¡Oh dolor!
¡El arma del vengador
en las manos de una hija!)

JUANA. ¡Padre!
(Con el asombro propio de quien no se explica la situacion.)

ALVARO. No busques consuelo.
Yo parto. (Abrazándola.)
Preso.
(Contestando á una interrogacion muda de Juana.)
Ha de ser.
(Contestando á Juana, que intenta oponerse.)

JUANA. ¿Y dónde te vuelvo á ver?
(Comprendiendo su desgracia pero sin explicársela.)

ALVARO. No lo sé, Juana, en el cielo.

JUANA. ¡Padre! ¡Padre!
(Abrazándose á él con infinita angustia.)

ALVARO. (Con solemnidad.) Á Dios invoca.
(D. Álvaro se desprende de su hija dirigiéndose al foro; el grupo de soldados forma una valla entre ambos; Juana se arroja á vencerla; Diego, y Martin la separan de allí dulcemente y ella, buscando una aclaracion al suceso, á la vez que un consuelo á su dolor, se dirige al cielo exclamando con vehemencia los siguientes versos:)

JUANA. ¡Dios mio! ¡Por esa cruz!
¡Un rayo, un rayo de luz
para no volverme loca!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon con puerta al foro y laterales; á la derecha, en primer término, una ventana ó mirador: es completamente de noche; una débil lámpara ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA.

MARTIN y DESTIÑIGA.

DEST. No me preguntes, Martin.
Tristes presagios me acosan;
me oprimen el corazon,
sin tomar cuerpo ni forma,
y mal pudiera explicarte
la causa de mis congojas,
si yo mismo no comprendo
por qué, en contínua zozobra,
cuanto más busco esperanzas
más los temores me agobian.

MART. Pero, en fin, ¿por qué don Juan
su ingratitud no corona
desterrando al Condestable
de una vez? ¿Por qué no toma,
si la codicia le mueve,
todas sus riquezas, todas,
terminando esta contienda
que á todo el mundo abochorna?
Preciso es que tenga el rey

razones muy poderosas
para premiar con la cárcel
á quien ganó su corona.
Dest. La ingratitud es un vicio
que ya en costumbre se torna;
los débiles un favor
á guisa de agravio toman;
no es la energía la prenda
que más al monarca adorna,
y estando sujeto al yugo
de nuestra reina y señora,
que debe el trono á don Álvaro
y en justo pago le odia, (Con ironía.)
es de esperar que despierte
recuerdos en su memoria
de los servicios sin cuento
que cual ofensas soporta,
y pague al fin como pagan
envidia, despecho y cólera.
MART. Pero há dos meses, dos meses
que fué preso en Búrgos; forman
contra él no sé qué proceso;
sitia el monarca á Escalona,
al ronco grito de guerra
que á toda Castilla asombra;
llévanle á la fortaleza
del Portillo y á deshora
ayer á Valladolid
le conducen. Algo forjan
que yo no comprendo.
Dest. (Con tristeza.) ¡Dios
sobre todo!
Martin. Mi señora
(Señalando lateral derecha.)
en ese aposento espera
de ver á su padre ansiosa.
Le juzga preso y se aflige;
le juzga libre y asoma
á su rostro la alegría.
De esta manera desborda
su regocijo unas veces
y sus desconsuelos otras.

Tanto las dudas la amargan,
tanto el ansia la devora,
que entre esperar y temer
la pobre se vuelve loca.
En vano llama á su padre
hace dos horas. ¡Dos horas!
En vano intranquila gime;
en vano suplica, invoca
los más dulces sentimientos
que el corazon atesora.
Esperad, la dicen todos.
Dest- ¡Esperar! ¿Qué alma de roca
puede esperar, cuando teme
sin saber qué teme, y forja
imaginarios peligros
que todo su ser trastornan?

MARTIN. Pues no hay remedio. Don Álvaro
escribe en la estancia próxima
(Marcando la lateral izquierda.)
desde que me han permitido
volver á verle; y ahora,
al ordenarme que busque
á don Diego, con voz ronca
por la emocion que ocultaba,
me dijo: «Martin, coloca
mis servidores de modo
que no pueda á mi persona
llegar Juana, hasta que yo
juzgue prudente otra cosa.»
—Pero señor...—«No repliques,
yo la llamaré. Y... perdona,
que me faltan los instantes
y los deberes me sobran,»
repuso, con tal acento
de humildad, que la congoja
llegó á humedecer mis ojos.
Estoy escuchando absorta.

Dest. Contén, pues, á doña Juana;
inventa cualquier historia.
En fin, dile que á su padre
asuntos que mucho importan
detienen aquí; que es fuerza

no distraerle y notoria
la utilidad de que pueda,
aprovechando las horas,
romper esta misma noche
los lazos que le aprisionan.
MART. Voy y que Dios nos ampare.
DEST. Vé y que el cielo nos socorra
MART. ¿Diré que está libre?
DEST. (Con tristeza.) Dilo...
MART. Tranquilizarla me importa.
DEST. Pero...
MART. ¿No queda esperanza?
DEST. No lo sé.
MART. ¡Fortuna loca!
CON. Horribles dudas me quedo!
(Dirigiéndose á la lateral derecha, donde entras.)
DEST. Dudar es creer. (Acompañándola.)

ESCENA II.

MARTIN.

No hay forma
de cobijar una duda
cuando la verdad es obvia.
Cierto. Don Álvaro sabe
que la prision se prolonga
para terminar acaso
en el destierro. ¡Oh deshonra!
¡El que ayer mandaba un reino
(Mirando la lateral izquierda.)
no manda ni en su persona!
Aquí se acerca. ¡Cuán triste!
¡Las penas cómo se notan!
Avisaré á Benavente. (Váse por el foro derecha.)

ESCENA III.

D. ÁLVARO.

Contadas tengo las horas.
Hoy se cumple mi destino

y aquí surgen despiadadas (Al cerebro.)
todas mis culpas pasadas
en revuelto torbellino.
Aquí de la mocedad
las distracciones impuras;
aquí tambien las locuras
de ambicion ó liviandad.
Recuerdos la mente evoca
de tanta sangre vertida;
de tanta virtud perdida;
de tanta soberbia loca. (Ligera pausa.)
Hasta que llega el morir
no acude el remordimiento.
Hoy me abruma y hoy... no siento
ningun afan de vivir.
Camino. (Ligera pausa) Y la muerte en pos.
(Ligera pausa.)
Y no esquivarla procuro.
¿Qué es la vida? ¡Frágil muro
que nos separa de Dios!
Muro de escoria ó de lodo
pronto á hundirse de repente...
que sólo sirve de puente
entre la nada y el todo.
Puente que el loco idiotismo
de los mortales quebranta...
sin ver que bajo su planta
no hay fondo, todo es abismo.
¡Martin! Volvamos á ser (Al verle.)
de este mundo breve instante
que siempre hay tiempo bastante,
para cumplir un deber.

ESCENA IV.

D. ALVARO y MARTIN. Éste sale foro derecha.

ALVARO. Acércate. (Llamándole hácia el mirador.)
Más.
(Colocándole en primer término.)
Procura
penetrar con tu mirada,

en esa vasta esplanada
(Deleitándose con inmensa amargura en todos los detalles de su próximo fin.)
que cubre la noche oscura.

MARTIN. Ni aun débil estrella alumbra
en ese fondo sombrío.

ALVARO. Mira bien.

MARTIN. En vano espío.
Ni claridad ni penumbra.

ALVARO. Es que la sombra porfía
con el alba que la bate;
jamás la noche combate
como al huir ante el dia.

MARTIN. Oscura noche en verdad,
ya estoy de mirar rendido

ALVARO. Siempre en su límite ha sido
más densa la oscuridad.
Pero concentra la vista
en un punto; forma un foco;
retrocede poco á poco;
no habrá objeto que resista.
Verás el triple cordon
de guardias que me custodian.
¡Mis siervos de ayer! Me odian
sin darse de ello razon.
Tan poco firme es su encono,
que volviéranme á querer
si fuera fácil volver
desde la cárcel al trono.
Verás en la encrucijada
que forman las callejuelas
misteriosos centinelas
que bullen sin decir nada.
Van y vienen y se agitan
con rápidos movimientos.
¿Ves?

MARTIN. No.

ALVARO. Hace pocos momentos
que en las tinieblas palpitan.
¿Ves?

MARTIN. No.

(Comienza á amanecer; luz blanca, que se colora

luégo, aunque poco.)

ALVARO. Espera. Allá; á lo lejos;
(Marcándole el lejano horizonte.)
entre franjas de verdor,
brota una luz sin color
que apenas tiene reflejos.
(En los dos «Espera», pausa.)
Espera más; que ya pinta
de bello matiz el suelo;
que dilata por el cielo
el iris todo en su cinta.

MARTIN. ¡Dios mio! (Viendo el cadalso.)

ALVARO. ¿De qué te asombras?

MARTIN. ¡Un cadalso!

ALVARO. Sí.

MARTIN. ¿Qué indica?...

ALVARO. Ese monumento explica
aquel bullir de las sombras.

MARTIN. Pero...

ALVARO. (Con inmensa tristeza.) Otra vez los reflejos
del crepúsculo verás.
Yo no he de verlos jamás.
Mañana estaré muy lejos.

MARTIN. ¿Vos?

ALVARO. Sí; que al fin vencedora
la muerte su oficio empieza;
allí ha de estar mi cabeza
cuando termine la aurora.

MARTIN. ¡Cómo!

ALVARO. Sí.

MARTIN. ¡Terrible suerte!

ALVARO. Ya ansío llegue el momento.

MARTIN. ¿Lo ansiais?

ALVARO. El remordimiento
me pesa más que la muerte.
Siento consuelo profundo
al quebrantar las cadenas
de barro mortal, que apenas
me ligan ya con el mundo.

MARTIN. ¡Señor!

ALVARO. Desprenderme quiero
de toda pasion humana.

Llama á Diego.

MARTIN. ¿Y doña Juana?

ALVARO. Será mi dolor postrero;
que al verla no hallaré modo
de ocultarle mi quebranto
sin que me delate el llanto.
No, no: que lo ignore todo.
Despues... cuando de la vida
arroje la inútil carga...
le das la noticia amarga
de ese dolor sin medida.
Le dices que un alto ejemplo
(Con melancólica amargura.)
de la suerte, es el rigor
con que me tratan.

MARTIN. ¡Señor!

ALVARO. Que busque paz en un templo.
Dile tambien que ninguna
gloria mundana es la dicha;
que empieza aquí la desdicha
donde acaba la fortuna.
Y...en fin, que muero contento. (Conmovido.)
Que no maldiga su estrella.
Que guardaré para ella
el último pensamiento.
Que mi sola idea fija
ella será al sucumbir,
y que si lloro al morir (Sollozando.)
tambien será por mi hija.

MARTIN. ¡Señor, señor!

ALVARO. ¡Diego!
(Al verle en el foro.) Calla:
déjanos solos.

MARTIN. Quisiera...

ALVARO. Espera un momento, espera.
Allí. (Señalándole foro derecha.)

MARTIN. ¡Mi razon estalla! (Váse.)

ESCENA V.

D. ÁLVARO y DIEGO.

ALVARO. Entra, Diego. No he querido

morir sin dejar vencido
el rencor que te domina.

DIEGO. Cuando un odio así germina (Con tristeza.)
ni tregua admite ni olvido.

ALVARO. ¿Eso respondes? ¡Y aquí!
¡Cuando me dirijo á tí
desde el umbral de la muerte,
rencores tu labio vierte
con tanta amargura!

DIEGO. Sí.
Contra ley, contra razon,
me habeis roto el corazon,
el alma me habeis herido;
por vos mi padre he perdido
y aun mi propia estimacion.
Alzar la frente no puedo.
Me agobia el rubor... ¡y el miedo!
al ver que un odio iracundo
me deja solo en el mundo,
pues que sin honra me quedo.

ÁLVARO. (Con ternura y afliccion.)
¡Dios mio! Medita, Diego,
que estás de coraje ciego;
que esto te puede pesar;
que puedes tambien llegar
al duro trance á que llego.

DIEGO. Iré de la muerte en pos,
sin que al vengarme de vos
valla alguna me contenga.

ALVARO. Dios maldice al que se venga.

DIEGO. Pues bien; que me juzgue Dios.

ALVARO. Él te perdone. Este anciano (Con resignacion.)
bendecirá más su mano
cuanto más hondo le aflija.
Yo quise darle á mi hija (Con sentimiento.)
en tu cariño un hermano.

DIEGO. Eso bien.

ALVARO. ¿Oirás mi ruego?

DIEGO. Por Juana, sí.

ALVARO. ¡Gracias, Diego!
Ten. (Le da un pliego cerrado.)
Mi voluntad postrera.

DIEGO. La cumpliré.
ALVARO. Cuando muera
abrid los dos este pliego.
Un grave secreto mio
á vuestra prudencia fio.

ESCENA VI.

D. ÁLVARO, D. DIEGO, DESTÚÑIGA, MARTIN. Éstos salen foro derecha.

DIEGO. ¡Destúñiga!
DEST. Vengo...
ALVARO. Entrad.
(Diego se retira á un lado; Martin permanece en el foro.)
(Cúmplase tu voluntad
como te plazca, ¡Dios mio!)
¿Llegó la hora?
DEST. Señor... (Excusándose.)
ALVARO. ¿Y se halla dispuesto?
DEST. Todo.
El confesor, si así os place,
se encuentra á serviros pronto.
ALVARO. ¿Quién es?
DEST. Alonso de Espina.
ALVARO. Sí, desde ayer le conozco.
El buen padre dominico
escuchó grave y absorto
la confesion de mis culpas
en el camino. No hay modo
de aprovechar más el tiempo.
Haceis bien; aun siendo corto
el plazo, puede un segundo
ser ocasion de trastornos.
DEST. Yo... (Excusándose.)
ALVARO. No es reproche, Destúñiga.
De buen grado me conformo
á no demorar el trance.
Dejadme con mi hija sólo
breve espacio; pues deseo,
ya que á morir me dispongo,

(Rumores sordos.)
mirarme una vez siquiera
en el cristal de sus ojos.

DEST. Es muy justo. Despejad.
(Á los guardias. Diego se retira tambien.)

ALVARO. Cumple tú el deber piadoso (Á Martin.)
de avisar á esa infeliz.

MARTIN. Señor...

ALVARO. Que lo ignore todo,
y Dios me preste energía
para este trance penoso.

MARTIN. Aquí viene.

ALVARO. La ventana,
(Indicando que la cierre; Martin obedece.)
porque ese oleaje sordo
pudiera oirse de aquí.
(Cesan los rumores al cerrarse la ventana.)

ESCENA VIII.

D. ÁLVARO, JUANA, MARTIN. Martin se retira á un lado y la alegría de Juana contrasta durante toda la escena con la afliccion mal contenida de D. Álvaro.

JUANA. ¡Padre! (Se abrazan.)

ALVARO. ¡Juana!

MARTIN. (¡Dios piadoso!
siento impulsos de llorar.)

JUANA. ¡Siento arrebatos de gozo!
¡Bendiga el cielo este dia!
¿Ya cedió el rey de su empeño?
¡Te quiere tanto!

ALVARO. ¡Hija mia!

JUANA. ¡Vamos, me parece un sueño!
¡Tú en mis brazos! ¡Qué alegría!

ALVARO. (¡Esto es horrible!)

JUANA. En verdad,
bien lo tengo merecido.
¡Qué recelos! ¡Qué ansiedad!
¡No sabes cuánto he sufrido
pensando en tu libertad!

¡Soñando en prision al verte
que otro dolor sin medida
me deparaba la suerte,
arrancándote la vida
como á tus reos de muerte!

ALVARO. ¡Calla, calla! Fué desliz
nacidó de tu impaciencia.

JUANA. Pues córtalo de raíz.
¡No firmes otra sentencia
si quieres verme feliz!

ALVARO. (¡Qué martirio!)

MARTIN. (¡Qué horrorosa
situacion!)

JUANA. Te lo exijo.
No más esa firma odiosa.
Un reo puede ser hijo,
ser padre, tener esposa.
¡Contempla el duelo profundo
de tanto ser inocente,
como un decreto iracundo
puede aislar de repente
sobre el desierto del mundo!
¿Qué será del tierno infante?
¿Qué de la esposa afligida?
El reo muere al instante.
¡Mas... cómo su pena olvida
el que le llora anhelante?
¿El que en ciego desvario
grita: «¡Padre!» y desespera
porque halla sólo el vacío
donde hallar la voz espera
que contestaba: «¡Hijo mio!»
¿Lloras? Llora sin rebozo!

ALVARO. De alegría...

MARTIN. (¡Qué tormento!)

ALVARO. (No puedo más.) Si sollozo...

JUANA. Desborda tu sentimiento.
Cuán dulce es llorar de gozo!
Verás qué bella es la vida
sin afan y sin cuidado.
Cómo á la calma convida
vivir del mundo ignorado

entre la gente querida.
Diego... y su padre!..

ÁLVARO. (¡Dios mio!)

JUANA. Y tus deudos...

ÁLVARO. (¡Ay de mí!)

JUANA. En amante desvarío,
(Destúñiga y Diego aparecen en el foro.)
todos iremos á tí
como las aguas al rio.

ÁLVARO. Imposible. Esos reflejos (Al verlos.)
que brillan ya sin celaje,
me roban tales festejos.
Debo emprender un viaje.

JUANA. ¿Tú?

ÁLVARO. Y lejos, hija, muy lejos.

JUANA. ¿Pero es que el rey te destierra?

ÁLVARO. Sí, hija mia.

JUANA. Iré contigo,
que en tí mi dicha se encierra.

ÁLVARO. Imposible. (No hay castigo
más horroroso en la tierra.)
Escucha. (~~Á Juana. Ligeramente.~~)
Yo he de partir. (~~Juana niega.~~)
No te opongas. (~~Juana se opone.~~) Te lo ruego;
que fuera inútil sufrir.
Ahí quedan Martin... y Diego...
(~~Diego adelanta lentamente.~~)
Y yo... (No se qué decir.)

JUANA. Pero tú? ..

ÁLVARO. De mí te olvida.

JUANA. ¡Padre!! (Con angustioso reproche.)

ÁLVARO. Calla, volveré.

JUANA. ¿Pero cuándo?

ÁLVARO. ¡Hija querida!
(Con inmensa afliccion.)

JUANA. ¿Cuándo, cuándo?

ÁLVARO. ¡No lo sé;
pero es tan breve la vida!

JUANA. ¿Qué, piensas morir? (Con espanto.)

ÁLVARO. ¡Qué antojos!
Abrázame.

MARTIN. (Está llorando.)

JUANA ¡Te sigo!

ALVARO. ¡Dándome enojos! (Con severidad.)
Quédate. Yo te lo mando
con lágrimas en los ojos!
(Transicion. Sollozando.)

JUANA. ¡Padre!

ALVARO. Adios, hija. Hasta... luégo.
(Sé para ella buen hermano.) (Á Diego.)
Adios, Martin. (Aquel pliego...) (Á Diego.)
(Éste afirma en ambos casos.)
Adios. (Á Juana abrazándola.)
(¡Por siempre!) ¡Tu mano!
(De estas dos últimas frases que dice á Diego, la primera con profunda tristeza; á la segunda Diego se niega sin acentuar mucho la negativa.)

JUANA. ¡Padre mio!
(Al ver el desvío de Diego se arroja desolada en brazos de su padre; Destúñiga toca á D. Álvaro suavemente en el hombro para indicarle qué ha llegado la hora.)

ALVARO. Haces mal, Diego.
(Despues de separar á Juana, al tiempo de pa[illegible] y con inmensa desolacion.)

ESCENA VIII.

DIEGO y JUANA.

JUANA. ¡Ay de mí! Cuando me espera
tan inmensa soledad,
ni cariño, ni piedad
hallo en tu pecho siquiera!

DIEGO. ¡Piedad en quien desespera
sin ver fin á su tormento!
¡Piedad en este momento,
cuando me doy á entender
que el más desdichado ser
no siente lo que yo siento!

JUANA. ¡Adios, sueños de ventura!
¡Entre rencores y agravios
tan solo encuentran mis labios
la copa de la amargura!

DIEGO. Tambien la desgracia apura
en mí su extremo rigor.
JUANA Para aumentar mi dolor
la mia tambien te nombra,
¡porque es un árbol sin sombra
(Conteniendo un ademan de Diego.)
una mujer sin amor!
DIEGO. Aún mandas en mi albedrío,
más quiso la aciaga suerte
que se cruzara la muerte
entre tu padre y el mio.
Un calabozo sombrío
la vida le vió exhalar...
JUANA. ¿Cómo? (Sorprendida.)
DIEGO. Te quise arrancar
entónces del pensamiento,
como si escrita en el viento
pudieses con él volar.
¡Vana quimera! El olvido
no brota de una pasion.
No. Es el recuerdo ocasion
de donde nunca ha nacido.
Por eso cuando he querido
del corazon arrancarte,
sólo he logrado fijarte,
en él tu imágen grabar,
pues siempre en mí el olvidar
comienza por recordarte.
(Sollozando con desesperacion.)
JUANA. Mas si tu padre murió;
si entre ambos media un abismo;
si lo confiesas tú mismo,
¿qué espero en el mundo yo?
DIEGO. Vivir y olvidarme.
JUANA. No.
Uno ausente, el otro muerto,
todo vago, todo incierto
en mi triste porvenir...
¿se puede acaso vivir
con el corazon desierto?
DIEGO. Sí tal. Se vive penando;
se finge tranquila calma;

se impone silencio al alma
todas sus fibras rasgando;
se va el corazon secando,
y cuando queda extinguida
toda esperanza querida,
con ansiedad verdadera
se èspera...

JUANA. ¿Mas qué se espera?

DIEGO. ¡El término de la vida!
Parte á Escalona, y allí,
si no logras olvidar,
puedes á Dios suplicar
que tenga piedad de tí.

JUANA. ¡Y cómo vivir así?

DIEGO. Gusta el amargo placer
de excitar y escandecer
la pena que te devora.
y en fin, por la dicha llora
que ya no puede volver.

JUANA. ¡Es verdad! ¿Y tú?

DIEGO. (Con amargura y desesperacion crecientes.)
Yo voy
con mi deber á cumplir.
¡Yo diera por no existir
cuanto valgo y cuanto soy!
¡Yo entre tormentos estoy
que no me acierto á explicar!
¡Yo siento aquí el batallar (Al corazon.)
entre un odio y un querer!
¡Yo principio á aborrecer (Sollozando.)
y no concluyo de amar!
¡Sufro, soporto una afrenta
ignorando en qué consiste;
el misterio que reviste
sus proporciones aumenta,
y como vive y alienta
el amor que por tí siento,
voy de momento en momento
perdiendo ya la razon;
que el grito del corazon
me turba el entendimiento!

JUANA. ¡Salid del alma, salid,

esperanzas que abrigué!
Sombría cárcel veré
no más en Valladolid.
(Comienza á oirse confuso y leve el rumor de la muchedumbre.)
¡Todas las puertas abrid
al duelo de mi ansia loca,
que sólo duelos evoca
cuando me quita la calma!
¡Los odios no tienen alma,
y si la tienen, de roca!
Parto á Escalona.

DIEGO. Haces bien.

JUANA. Allí mi dolor profundo
sufriré, sin ver del mundo
ni lástima ni desden.

DIEGO. Cierto; y será tu sosten
Dios si en sus aras te ofreces.
Vé; pues si aquí permaneces
aumentas tus amarguras,
y de tus penas apuras
el cáliz hasta las heces.

JUANA. Vamos. Recuerda algun dia
que llora por tí una hermana.
(Advierte el rumor y se dirige á la ventana.)

DIEGO. ¿Adónde vas? (Interponiéndose.)

JUANA. (Avanzando un paso.) La ventana...

DIEGO. ¡Aparta, aparta! (Conteniéndola.)

JUANA. (Pugnando débilmente por avanzar.) Creía
que un vago rumor se oía.

DIEGO. ¡Ilusion!

JUANA. No tal.

DIEGO. ¡Quimera!

JUANA. ¿Por qué te opones? (Esforzándose más.)

DIEGO. Espera.

JUANA. ¡Pinta tu rostro el terror!
(Queriendo [illegible])

DIEGO. (Notando que [illegible] viene por el foro.)
(¡Gracias al odio!) El rumor
es por aquí. ([illegible]ndo al foro.)

JUANA. Yo dijera...
(Sin convencerse por completo.)

ESCENA IX.

JUANA, DIEGO y PEDRO.

DIEGO. No, Juana, no; si es mi tio.
Míralo bien, ya se acerca,
ya está aquí. Cálmate, calma
la zozobra que te inquieta.

JUANA. Partamos; que me es odioso
el soportar su presencia.

DIEGO. Ya no es posible; esperemos.

JUANA. ¿Por qué esperar?

DIEGO. Porque es fuerza.
(Á Pedro.) (¿Cómo osais venir aquí
con riesgo de la existencia?
El rey os mandó prender.
No lo dudeis: si os encuentra
la posesion del secreto
pagais con vuestra cabeza.

PEDRO. ¿Y qué me importa la vida
cuando el momento se acerca
de consumar mi venganza
y revelarte tu afrenta?
¡La voluntad de tu padre!

DIEGO. Callad; que Juana no sepa...

PEDRO. ¿Aún no sabe?...

DIEGO. Nada.

PEDRO. ¿Nada?

DIEGO. Y quiero que no lo entienda.)

JUANA. Partamos, partamos, Diego.

PEDRO. (Á Diego.) ¿Tú? nunca. El deber te ordena
presenciar...

DIEGO. (Interrumpiendo con precipitacion á Pedro.)
Callad, callad.
Estar aquí me interesa;
volveré.

PEDRO. ¿Lo juras? (Diego afirma.) Cuenta
que se habla aquí de tu honra;
que es de tu padre esta letra.
(Mostrándole el pergamino.)

DIEGO. Volver en su nombre juro.

JUANA. ¡Vamos, vamos!
PEDRO. (No es completa
así mi venganza.)
DIEGO. Vamos.
(Al llegar cerca del foro se oye el rumor.)

~~ESCENA X.~~

~~JUANA, DIEGO, PEDRO.~~

JUANA. Pero ese rumor...
(Dirigiéndose á la ventana.)
DIEGO. (Oponiéndose.) ¿Qué intentas?
JUANA. ¿Te opones tú?
DIEGO. ¡Sino ingrato!
PEDRO. ¡Al cadalso se encamina!
(Abriendo la ventana; el rumor se oye más distinto; pero como el zumbido sordo de una colmena.)
JUANA. ¿Quién?
DIEGO. ¡El terror me domina!
PEDRO. ¿Quién ha de ser?
DIEGO. (Á Pedro.) ¡Insensato!
(Á este grito aparece María lateral derecha.)
JUANA. ¿Qué sucede? ¡La angustia leo
en tu rostro! (Á Diego.)
DIEGO. ¡No!
(Tratando de ocultar su emocion.)
JUANA. (Á todos con ansiedad.) ¡Decid!
¿Qué es?
DIEGO. (Queriendo quitarle importancia á la noticia.)
Que en Valladolid
se decapita hoy un reo.
JUANA. ¡Un reo! (Sin comprender aún.)
PEDRO. En la plaza está.
(Invitándola á verlo.)
JUANA. ¿Ahí? ¡Qué presentimiento!
(Comenzando á comprender.)
¡Aquella tristeza! Siento...
¡Aparta!
(Á Diego, comprendiéndolo todo ya por la resistencia de éste.)
DIEGO. ¡No! (Conteniéndola con angustia.)

JUANA. ¡Aparta!

(Separa á Diego con supremo esfuerzo; llega á la ventana y retrocede, lanzando con infinita angustia su exclamacion; cae [illegible])

¡Oh!

PEDRO. Escucha.

(Conteniendo á Diego que quiere socorrer á Juana.)

DIEGO. ¡Si va á morir!

(Pugnando por acudir á Juana.)

PEDRO. Oye.

(Sujetándole y enseñándole la carta de su hermano.)

DIEGO. ¡Dejadme acudir!

(Sin atenderle, queriendo socorrer á Juana.)

¡Quiero socorrerla!

PEDRO. (Sujetándole y forzándole á oir.) No.

Oye: (Leyendo y señalándole la plaza.)

«Cuando la cuchilla,
»suspendida por su mano,
»corte la vida al tirano
»vengando nuestra mancilla...»

DIEGO. ¡Dejad, dejad!

(Sin atenderle, queriendo socorrer á Juana.)

PEDRO. (Con energía.) No lo intentes.

Oye.

DIEGO. (Con ira.) ¡Tio!

PEDRO. ¡Por mi nombre!

(Con ira tambien, dominando á Diego.)

¡Sábelo todo! ¡Aquel hombre...
aquel... es tu padre! (Por D. Álvaro.)

DIEGO. ¡Oh! ¡Mientes!

(La primera frase con estupefaccion; la segunda con cólera; Pedro le enseña la letra de su hermano; Diego rasga el sobre del pliego que le dió en la escena quinta D. Álvaro, lo recorre precipitadamente, y Pedro, volviéndole á llamar la atencion hácia la ventana, le dice:)

PEDRO. Mira.

(Diego se dirige á la ventana, y al llegar á ella lanza la exclamacion siguiente:)

DIEGO. ¡Jesús!

(Al propio tiempo estalla en el pueblo un ¡oh! formidable que hace suponer se ha ejecutado al

reo.)

JUANA. ¡Diego!

(Saliendo de su desvanecimiento al oir el grito y con desesperacion.)

DIEGO. ¡Juana! (Á ésta.)

¡Padre! (Dirigiéndose á la plaza.)

JUANA. ¿Tu padre? ¡No! ¡El mio!

DIEGO. ¡El nuestro!

JUANA. ¿El nuestro?

PEDRO. (Con feroz ironía.) ¡Sí!

DIEGO. (A Pedro.) ¡Impío!

PEDRO. ¡Eres su hermana! (Con ironía.)

JUANA. (Desolada y con asombro.) ¡Su hermana!

(Diego le da á Juana el pliego de D. Álvaro.)

DIEGO. (Á Pedro dirigiéndose á él puñal en mano.)

¿Aún tu rencor persevera
y Dios se olvida de tí?...
pues yo haré justicia aquí
exterminando una fiera!

JUANA. ¡Diego!

(Interponiéndose, despues de haber indicado la sensacion que le causa la lectura.)

DIEGO. ¡Quita! (Dirigiéndose á la puerta.)

JUANA. No! ¡Detente!

(Al dirigirse Diego contra Pedro, éste hace ademan de defenderse; Juana se interpone; María acude al foro pidiendo auxilio; aparecen Destúñiga y los soldados. Diego, aunque contenido por Juana, no cambia de resolucion y dice los versos siguientes; los soldados prenden á Pedro y procuran llevárselo, hasta que anonadados por el último apóstrofe de Juana quedan inmóviles, bajo el imperioso ademan de esta que domina la escena.)

ESCENA XI.

JUANA, MARÍA, PEDRO, DIEGO, DESTÚÑIGA, SOLDADOS del rey.

DIEGO. Del rey sufrirás el yugo.
¡Pronto! Entregadle al verdugo.
Es Pedro de Benavente!

JUANA. ¡No! No más sangre vertida.
¡Rompan su antigua alianza
la justicia y la venganza,
y sentenciadle á la vida!
Morir es sólo un momento.
En cárcel perpétua pene
y su existencia envenene
constante remordimiento.

DIEGO. ¡No! De venganzas en pos
él mató: sufra la suerte...

JUANA. ¡Si disponeis de la muerte,
qué falta nos hace Dios?

FIN DEL DRAMA.